

# COLECCION

DE

# HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL.

(TOMO VI.)

CRONICA DEL REINO DE CHILE, ESCRITA POR EL CAPITAN  
DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.



**SANTIAGO,**

IMPRESA DEL FERROCARRIL, Calle de la Bandera, núm. 39.

= 1865 =

11.822

quedó el jeneral haciendo rostro a los indios poniendo dos escuadrones en los repechos de las dos lomas mas cercanas para entretener a los contrarios, que sabia casi sin duda habian de acudir a dar en su jente. No fué vana su presuncion porque a poco rato acudieron grandes huestes de indios por todas partes, con cuya vista se recojeron luego los españoles en una escuadra caminando a toda priesa hasta embarcarse sin llevar otra cosa ultra de los dos tiros: porque los caballos se hubieron de quedar ensillados por no dar el tiempo mas largo, ni aun casi el necesario para las personas. Este dia representaba el espantable estruendo del que ha de haber en el del juicio: porque fué tan grande el alarido, con que las gruesas catervas de los indios acudian unas a la playa, y otras a la ciudad a saquearla; el ahullido de los perros, y las voces de los instrumentos, que todo junto aterraba aun a los que ya estaban fuera de tierra, y levando las anclas con tanta priesa como si fueran tras ellos. Serian las personas que se embarcaron pasadas de quinientas: tras las cuales se echaron a nado los perros de sus casas mostrando el sentimiento y amor, que el instinto natural destes animales suele manifestar en semejantes coyunturas. Cumplióse tambien lo que el apóstol dice, que hai peligros en la mar, y en la tierra, sin haber lugar privilegiado: porque fué mucho mayor el peligro en que esta jente se vió en una tormenta, que sobrevino tan furiosa, que estuvieron a punto de padecer naufragio, con la cual llegaron al puerto con el agua a la garganta: donde no habian bien desembarcado, cuando el navío se fué a fondo sin escaparse mas de las personas.

### CAPITULO XXXVI.

De un espantable terremoto y tempestad que hubo en la ciudad de la Concepcion y de la guerra que el licenciado Torres de Vera hizo a los indios rebelados.

Ya las calamidades deste desventurado reino de Chile iban cada dia en mayor aumento, y la jente en mas disminucion: los estados de Arauco y Tucapel sin hombre español, ni jénero de edificio en su comarca: la ciudad de la Concepcion puesta siempre en arma, y tan rodeada de calamidades que para referir solamente las deste tiempo era menester mucho mas, fuera de las que siempre ha padecido, que son innumerables: pues ha sido asolada tantas veces, y nunca se ha visto sin grandes desventuras: la jente, ya casi desesperada de verse en una tierra, que si no es calamidades no llevaba otra cosa de cosecha, de la cual se vian imposibilitados de salir sin perder por ello la cabeza. En medio de sus infortunios se via mui al vivo aquella edad de hierro, que dicen los poetas, en la cual todo era robos, enemistades, disensiones, perjuros, y otros ramos que proceden de tan mala raiz, como es nuestra naturaleza plantada en tierra de hambre, guerra, y flaqueza de justicia. — El pobre gobernador no estaba poco aflijido viendo que desde el dia, que puso pié en el reino no le habia sucedido otra cosa, sino desastres con haber ido el mismo en persona a la guerra al cabo de su vejez: y

usado de todos los buenos medios, que su prudencia le dictaba, que era mucha, y mui aprobada en el tiempo que habia sido oidor en la ciudad de los Reyes del Perú. Y por entrar ya el invierno, acordó de irse con su mujer y casa a la ciudad de Santiago a ver si de allí gobernaba con mas felicidad que hasta entónces. Estando en ella puso por correjidor y capitan de la ciudad a Gaspar de la Barrera por ser hombre en quien concurrían los requisitos para tal oficio como cada dia lo iba mostrando la experiencia.

No dejaré pasar en silencio un caso digno de memoria, en que se ve lo que hace el demonio cuando anda suelto: o un hombre que se le parece cuando alza su manutencion. Estaba en la ciudad de Santiago un vecino mui de buena suerte llamado Pedro de Miranda casado con una señora principal llamada doña Esperanza de Rueda: este tenia una hija mestiza casada con un Bernabé Mejía vecino de la Concepcion, la cual estaba siempre en la casa de su padre por andar su marido ordinariamente en la guerra. Sucedió que viniendo este una vez a su casa mostraba mal rostro a su mujer llamada Catalina de Miranda de suerte, que ella vivia con el recato posible por desvelar al marido de las sospechas que a lo que se entiende eran vanas, y como un dia la llamase su madrastra doña Esperanza para llevarla a vísperas, que eran de los finados (aunque para ellos no fueron vísperas, sino dia) comenzó la moza a rehusarlo diciendo que su marido se disgustaba de verla salir de casa: a lo cual sobrevino el marido diciendo, que lo dejase por entónces pues ella no arrostraba la salida. Encolerizóse doña Esperanza, y dijo algunas palabras, de las que suelen las mujeres, cuando están bravas, cuya ira dice el Espíritu Santo ser tan encendida que ninguna otra echara el pié adelante: con las cuales palabras se encendió tambien la ira del Bernabé Mejía tanto que poniendo mano a la espada la dió de estocadas: y acudiendo su mujer a aplacarle la tendió tambien a ella muerta junto a su madrastra: salió al ruido Pedro de Miranda, que estaba durmiendo la siesta con el cual arremetió el matador, y le atravesó dejándole muerto como a su mujer y hija: estaba en aquella casa un huesped llamado Francisco de Soto el cual salió al estruendo, y con este tambien embistió el que tenia embestido el espíritu de homicidio, y le postró en tierra saliendo con su espada teñida en sangre, que aunque de seis personas era casi toda una por ser de padres y hijos pues murieron a las vueltas dos cristianos, que estaban en los vientres de las desventuradas señoras cuya casa quedó regada con su sangre. Apénas acabó la matanza cuando murió él siendo arrastrado por la ciudad, y despues hecho cuartos a la puerta de la mesma casa cumpliéndose siete muertes con la suya: que parece andaban sueltos los siete pecados mortales.

En este tiempo mandó el gobernador, que el licenciado Torres de Vera oidor de la real audiencia saliese a sustentar la guerra con nombre de su lugar teniente de jeneral: y así lo hizo bajando a Santiago, y a Coquimbo donde recojió muchos pertrechos, y juntó cosa de cien

hombres, con los cuales fué a los términos de la Concepcion donde anduvo todo aquel verano desbaratando los ejércitos de los indios, y derribando sus fuertes sin cesar de ordinarios encuentros hasta que comenzando el invierno se recojió a la ciudad de la Concepcion a servir su plaza en la real audiencia.

Sucedió entónces una calamidad harto mas estupenda de ver, que fácil de escribir ni pintar. Y fué: que se levantó un terremoto tan furioso que parecia se assolaba el mundo donde apenas se podia discernir cual hacia mayor ruido, o el llanto y grito de la jente, o el mesmo estruendo del temblor que era horrible. Fué tal la fuerza con que vino que dejó la ciudad arruinada sin quedar edificio, que no cayese todo, o la mayor parte, y lo que estaba por caer que era bien poco no faltó otro infortunio que lo acabase, porque salió la mar de sus límites bramando mas que leona, y entrándose por la tierra hizo estrago en los rastros de las fábricas, y a la mesma tierra dejó hecha laguna no queriendo perdonar lo que ella habia perdonado. Con esto quedó perdida la desventurada ciudad que por tantas vias lo habia sido sin haber quien no le diese combate: mar, tierra y enemigos, y aun su mesma jente doméstica, que la habitaba. Fué esto miércoles de ceniza.

### CAPITULO XXXVII.

De como Ramiríañez de Saravia, y don Miguel de Velasco dieron batalla a los indios rebolados en el valle de Tomelno; y de cierta derrama, que se echó en el reino.

Estando el gobernador en la ciudad de Santiago no aflojaba un punto en el cuidado de las cosas de la guerra, y para esto envió capitanes que hiciesen jente en todas partes, encargando esto a Joan Alvarez de Luna que tomó el camino de la Serena, y a su hijo Ramiríañez de Saravia, al cual envió a las ciudades de arriba con título de jeneral dándole por coadjutor al capitan Gaspar de la Barrera que asistiese a su lado; y le industriase en todo dándole la direccion, que su edad habia menester, que era mui poca. Llegó este jeneral a la ciudad de Valdivia, que es el terreno de todos los necesitados; y recojió todo quanto pudo de vestidos, armas, caballos, municion y bastimentos, llevándolo pesadamente todo el pueblo, viendo que quanto estaban afanando todo el dia se lo llevaban al fin dél los proveedores de la guerra. Demas desto echó el gobernador nueva pension sobre el oro, que se sacaba de las minas aplicando la octava parte para la guerra: lo cual no pudieron sufrir los vecinos y reidores pareciéndoles que sacado el quinto de su majestad, y la sesma parte que llevan los indios, y el gasto de las herramientas, que es mucho, si se echaba esta nueva pension no les quedaba nada. Para esto se concertaron todos de alzar mano de las minas por no trabajar de valde, y juntándose en un lugar donde estaban convocados firmaron todos de su nombre este concierto. A esta causa vino el licenciado Egas Vanegas oidor de la real audiencia y procedió haciendo pesquisa contra los culpados, y tuvo harto apretados a muchos sobre el